166

## AL JÓVEN DR. D. MANUEL GALLARDO,

SOBRE LA ENFERMEDAD DE MIS HIJAS.

On naît médecin, on devient chirurgien; Comme on naît poête et l'on devient orateur. (Mes convictions.)

La gratitud, segun la definicion poética que dió de ella el sordo y mudo Massieu, es la memoria del corazon (la mémoire du cœur); no puede, pues, ese sentimiento noble perecer jamas en ciertas personas; y mucho ménos cuando lo avivan en ellas de continuo, los nuevos y repetidos servicios que reciben.

En el Monitor Republicano de 31 de Enero de este año, mi antenado el capitan D. Pascual Miranda, dió al jóven y hábil facultativo, el Sr. D. Manuel Gallardo, un testimonio público de su agradecimiento por haber salvado á su hermano de la fiebre pútrida más maligna que se conozca y que llaman typhus, únicamente por Hellenismo. Si concluyó despues el infeliz convaleciente con una existencia de 23 años, fué debido á una recaida obstinadamente provocada por él. Con todo, faltando ya sujeto, y sobreviniendo un ataque pulmonar, casi apoplético, la habilidad del médico todavía disputó á la muerte su víctima, durante cinco dias.

Ligado por el mismo agradecimiento que hizo hablar á mi hijo, quiero tambien á mi vez, satisfacer en parte al doctor D. Manuel Gallardo, por la deuda eterna que acabo de contraer hoy con él.

Habrá cosa de veinticuatro dias que mi hija mayor cayó postrada en cama, no de una escarlatina benigna ó simple, anginosa, ó sencillamente sin erupcion; pero de una escarlatina que muy propiamente llaman maligna. Fiebre intensa, vómitos, delirio, angina violenta, en fin, todos los mas

alarmantes síntomas vinieron de golpe à caracterizar la brusca invasion del mal. Con el mayor tino provocó el Sr. Gallardo en los primeros dias, una erupcion que en esos casos se presenta siempre lenta, irregular y de mal aspecto.

La boca de la enferma era fuliginosa, los derramamientos de la saliva y del mucus nasal eran fétidos; todos los órganos abdominales, pectorales y cerebrales se veian atacados. El médico, felizmente, no se turbó un solo instante, al aspecto de tantos mortales fenómenos; y en quince dias, á todos los combatió con el esmero más sostenido y un suceso sin igual. Hoy no le ha quedado ya á la pobre enferma más que una debilidad suma, la escamadura habitual en dichos casos, y esa hinchazon en las extremidades, que, segun dicen, proviene de una infiltración originada por la impresión del frio.

Dícese vulgarmente, y casi con razon, que una desgracia nunca se presenta sola; se realizó en mí el fatal adagio, y en los primeros dias de la enfermedad de mi hija mayor, tambien se contagió de escarlatina la más chica de ellas : complicándose así visiblemente las atenciones del Sr. Gallardo, cargó bondadoso y sin temor con esa segunda responsabilidad, de la cual á los veinte dias salió tan airoso como de la primera.

Siga, pues, mi jóven amigo el Dr. D. Manuel Gallardo las acertadas inspiraciones de su génio médico, como el curso de sus multiplicados sucesos; y dígnese recibir de mí, en estas pocas líneas, el tributo bien corto que tan debidamente le paga la gratitud de su amigo

ERNESTO MASSON.

168

## ¡UN CAMINO NAVEGABLE!!...

Si es cierto que el buen ó mal estado de los caminos da la medida exacta de la civilizacion de un pueblo, ¿ qué opinarán de México, los que nos vengan á visitar, al ver las zanjas y zanjones, barrancas y barrancones, rios, lagos y mares que á cada paso hacen impracticables las vias que aun hoy, condecoran con el majestuoso nombre de caminos reales?

Hace algunos dias que, habiéndonos reunido varios amigos, discípulos de San Huberto, formamos el proyecto de ir á cazar á la Lechería, hacienda situada á cosa de cinco leguas de aquí. Conociendo yo que nuestro viaje iba á ser mixto, es decir, por mar y tierra, me arreglé con un Omnibus, coche comunista, que viene á ser una especie de barco con ruedas. A nadie de los compañeros le descubrí por qué preferia ese vehículo á cualquier otro: muchos de ellos, que no sabian nadar ó se mareaban, se hubieran desalentado. Montamos en nuestro omnibus; y cada uno, al instante, supo apreciar la gracia y suavidad con que se ondeaba en los malos pasos. Como buen marino, habia tomado mi asiento en la popa del coche; sus movimientos de sube y baja, eran las mas veces tan undulatorios, que llegué á figurarme, sin esfuerzo de imaginacion, que me habia embarcado para Europa: casi lo vine á creer, cuando á un cuarto de legua de la hacienda de los Ahuehuetes, llegamos á la orilla de un nuevo mar Caspio, que en ningun mapa se halla designado.

A pesar de su náutica configuracion, nuestro coche se paró antes de comprometerse en aquel *mar muerto*: tambien lo detuvo, por cierto, una cosa como isleta, que observada con atencion desde la cubierta, fué reconocida ser un burro cargado de carbon, que habia naufragado en medio de aquel vasto Océano.

El pobre indito que conducia el burro, se afligia y lloraba amargamente, al ver su única esperanza al agua: como gallina que ha criado patos, recorria los bordes de la profunda laguna, llamando en vano á su socorro á otros arrieros en no mucho mejor situacion que él. Movidos á piedad, v con dinero en mano, determinamos á algunos que pasaban, à echarse casi à nado, para trabajar al sauvetage del hidrófilo burro. El animal, primero hizo esfuerzos para levantarse por su propia virtud; pero como en esos casos se apoya en la cabeza, cual cisne la sumia en el agua, hasta perderse de vista sus inmensos alcartaces. Iba indefectiblemente á perecer ahogado, cuando nos pareció prudente que descargaran antes que todo al burro, llevándosele despues en peso como cualquiera criatura. Asi se hizo; y el pobre muchacho, al ver en tierra á su carbon y á su burro, llenó de bendiciones, segun constumbre, á sus buenos señores

Desviado el escollo vivo que teniamos al frente, lanzóse al mar nuestro omnibus: solo mástiles le faltaban, para tener visos de paquete. Los caballos, que aunque frisones, no eran palmipedos, breve se encontraron en el precisisimo caso que el susodicho burro: y de los seis que eran, habiéndose resbalado cuatro, empezó el agua á invadir el coche. ¡ A darle á la bomba, amigos : esclamé yo luego!... quitáronse al momento las cajas á las escopetas; y ayudados de las baquetas de limpiar, empezamos todos á trabajar, para salvarnos del mas completo sinistre. En esa líquida posicion, aunque nos hubieran salido ladrones, bien podiamos haberles desafiado: solo piratas hubiesen logrado tomarnos al abordage. Más de diez minutos duramos en la precitada operacion hidràulica, hasta que haciendo un esfuerzo simultáneo los corpulentos trotones, medio rodando, medio flotando, llegó nuestro omnibus á la orilla opuesta.

No hablaré de multitud de lagunitas que tuyimos que

atravesar; seria cansar al lector: solo diré que al entrar al pueblo de *Tlalnepantla*, se ofreció un denso fangal, en el cual nos enterramos, como si hubiera sido todo él de la más pura mantequilla de *Chapingo*. Al revolverse el charco, mil veces al dia revuelto, nos medio asfixió uno de aquellos olores que en nada se diferencian de las balsámicas emanaciones de una botica, cuando en ella se elabora *cloruro*. De suerte que en cuatro leguas que teníamos andadas, pudimos haber sido fácilmente volcados, ahogados ó sofocados.

Al salir del famoso pueblo de Tlalnepantla, cuya iglesia tiene una torre que acaba en Jacal de pulquería, y un rio, cuyas benignas aguas á cada momento barren con cuanto encuentran; tropezamos con una calzada descalzada. ¡Qué saltos, si se atreve el coche á brincar de piedra en piedra, y qué fango, si se desvia por los bordes á riesgo de deslizarse en la zanja vecina!...! Ni Scylla, ni Charibdis, presentaron jamás al osado navegante mas crueles alternativas!

¿Quién creerà, despues de lo referido, que en ese dichoso camino de México á Cuautitlan se paga peage? Pues sí señor, y gordo : reclámele usted al peagero, y le contestará con una voz bastante ronca : Señor, no estoy aquí para oir quejas, estoy para cobrar; entiéndase usted con la autoridad competente.

Entre nosotros dicho, esos peages son enteramente de invencion feudal, pertenecen à la *Edad media*: en nuestros dias de *progreso*, ha parecido ingenioso el modo, y se ha revivido una costumbre establecida por los grandes feudatarios que existieron hace la friolera de mas de seiscientos años:

Ya que hay peages, como hay tambien vislumbres de un camino de fierro que, ni de diamante que fuera, costara más (1), debia nombrarse un inspector de puentes y cal-

zadas, ó grand voier, que recorriese los caminos en todas direcciones, sino para cerciorarse de su buen estado, á lo ménos para salvar á los burros que se ahogan, á los coches que se atascan, etc. etc.

Con esa medida prudente que se adopte, quedára deleitado, su afectisimo y seguro servidor que su mano besa, — D. Antonio Charco de Lagunazos.

<sup>(1)</sup> El camino de hierro desde Veracruz á San Juan.